

Sol y rebeldía: la vida de Albert Camus*

...arbre fou qui guettait Camus
Charles Dumont

«...extranjero en todas partes»
Félix Grande

Cuarenta y seis años y ocho días le fueron impartidos al hijo del Mediterráneo que se llamó Albert Camus para amar al sol y a las mujeres, rebelarse contra las contradicciones de su época, realizar una obra filosófica y literaria que tendría influencia sobre muchos pensadores posteriores y recibir el Premio Nobel.

Lo enterraron en Lourmarin, el día 6 de enero de 1960, bajo el sol que suele iluminar el invierno provenzal. El accidente de coche, mortal también para su amigo Michel Gallimard, que conducía, duró los segundos suficientes para dejar en el rostro de Albert Camus una expresión de terror. No obstante, el absurdo de su destino parece haberse mitigado con la misericordia de una muerte instantánea.

«Excepto el sol, los besos y las fragancias salvajes, todo nos parece fútil», escribió Camus en «Bodas en Tipasa» (*Bodas*). Sol hubo el día de su entierro, y hubo sol en su infancia y su juventud argelina. Soles y rebeldías en sus compromisos y sus obras, besos en su vida privada, *fragancias salvajes* en su vida pública.

Desde su infancia, Albert Camus vivió la gran mayoría del tiempo de su existencia fuera de su casa y con los demás. Esta vida en grupo lo ha marcado como ocurre con cualquier persona ontológicamente solitaria. Durante los primeros diecisiete años, habiendo muerto su padre en la Primera Guerra Mundial, Albert Camus vivió en Argel con su abuela materna y su madre —que eran analfabetas—, y con su hermano mayor Lucien, en un piso muy modesto del barrio obrero de Belcourt. En Argelia, como es los otros países del Mediterráneo, un niño pobre crece en la calle. H.R. Lottman apunta que «De hecho, fue Belcourt la primera escuela de Camus. El barrio, con sus mezclas de razas y de actividades, lo obligó a crecer en la confrontación cotidiana de una vida que la mayoría de sus amigos burgueses de Argelia, por no hablar de los escritores y otros intelectuales con quienes se encontraría en Francia, no habían compartido. Según sus amigos, nunca perdió esta aptitud para hablar con gentes de todos los niveles con idéntica simplicidad familiar. Mucho más tarde, contestando a un crítico que señalaba que no había aprendido la libertad en Marx, Camus declaró: «Es cierto: la he aprendido en la miseria» (págs. 41-42).

* Albert Camus, *Herbert R. Lottman, Taurus Ediciones, Ensayistas-282, Madrid, 1987, 726 págs.*

El mundo exterior era el mundo de Albert Camus y, de niño, le gustaba tanto jugar al boxeo con sus camaradas como irse solo a la playa y nadar. Aunque se mantenía alejado de las expediciones más temerarias de los otros chavales, le encantaba tener un público y ser un cabecilla, pero usaba con más frecuencia y eficacia las palabras que los puños.

Durante los años de instituto, el deporte, y sobre todo el fútbol, movilizaba las energías de Albert Camus. Formaba parte del equipo universitario de Argel; hubiera llegado a ser profesional si su enfermedad no se lo hubiese impedido y toda su vida siguió siendo un asiduo espectador de los partidos de fútbol. A los cuarenta años de edad, escribió Camus: «Tras muchos años en los que el mundo me ha brindado innumerables espectáculos, lo que finalmente sé con mayor certeza respecto a la moral y a las obligaciones de los hombres, se lo debo al deporte» (citado por Lottman, pág. 49).

Al entrar en su edad adulta, se dice de Camus que: «Parecía vivir varias vidas públicas y privadas. Tenía sus estudios en la universidad, su círculo de “estetas” fuera de la universidad, tenía a Simone Hié (su futura esposa). Y proseguía sus trabajos de ser escritor» (pág. 88).

Su afición a las actividades de grupo iba a plasmarse en un compromiso político más concreto que ideológico. Su adhesión al Partido Comunista (1935) no se limitó a un militantismo sumiso, sino que Albert Camus trató de transformar sus ideas en obras de arte colectivas y populares. Poco antes de entrar en el Partido, Camus apuntó esta reflexión: «Me parece que más que las ideas es la vida la que con frecuencia lleva al comunismo... ¡Tengo un deseo tan fuerte de ver disminuir la suma de desgracia y de amargura que envenena a los hombres!» (citado por Lottman, pág. 117). Su entrada en el Partido Comunista le brindó la oportunidad de ampliar considerablemente su círculo de amistades. Con sus nuevos compañeros, y algunas amigas íntimas, Camus estuvo organizando gran número de actividades culturales (conferencias, clases para adultos en el *Collège du Travail*, importantes espectáculos teatrales, etc.). Un testigo de aquella época de intensas ocupaciones públicas dijo de Camus que «Tenía sobre todo el don inapreciable de suscitar alrededor de él, por su presencia cuya densidad era extraordinaria, por la palabra justa que decía en el momento más oportuno, una maravillosa atmósfera de amistad y de confianza... Camus era persuasivo, jovial, y su ironía era amistosa» (citado por Lottman, pág. 131).

Durante el año 1936, Camus alquiló una casa con unas amigas suyas, y vivieron allí, con algunas otras personas, una experiencia de comunidad de jóvenes intelectuales. En 1937, Camus y sus amigos, «desbordantes de proyectos e impacientes por hacerlos socialmente útiles» (pág. 169), fundaron la casa de la cultura de Argel. Se trataba de «constituir un Frente Cultural dependiente del Frente Popular» (pág. 172), una agrupación de todos los simpatizantes con ideas de izquierda. Tuvieron gran éxito las iniciativas de Camus que se encontraba siempre personalmente en el centro de las actividades, desempeñando simultáneamente los papeles de actor, director de teatro, conferenciante, coordinador y redactor de peticiones.

Pronto Albert Camus iba a darse cuenta de que «la política y la suerte de los hombres están hechas por hombres sin ideal y sin grandeza. Los que tienen alguna grandeza

dentro no hacen política» (citado por Lottman, pág. 181). Camus no tenía ningún cargo importante en el Partido Comunista, pero era «el comunista más activo y más conocido de la vida política y cultural de Argel» (Lottman, pág. 181). Su biógrafo subraya que «si (Camus) se había lanzado al movimiento y si consagraba todas sus fuerzas en favor de los objetivos comunistas, no por ello dejaba de desconfiar de los fines últimos y de las prácticas comunistas» (pág. 182).

Para exponer las circunstancias de la expulsión de Camus del Partido Comunista, H.R. Lottman describe minuciosamente el contexto político del suceso. Más adelante, el biógrafo recurrirá también a elementos de historia para situar en su marco político y socio-cultural las actividades de Camus periodista y resistente durante la ocupación alemana de Francia y luego para explicar la naturaleza de sus contactos con el grupo de intelectuales de Saint-Germain-des-Prés. El autor de esta biografía cita abundantemente tanto las memorias de Simone de Beauvoir como las fuentes periodísticas disponibles y numerosas que informan de la intensa y variada actividad pública de Albert Camus. La atención que el biógrafo dedica a la evocación del entorno de Camus perjudica a veces la unidad del relato de la vida del propio Camus.

Durante toda su vida, Albert Camus se interesó por los musulmanes de Argelia, sus condiciones de vida y sus derechos humanos. Ocurrió que, en 1936, las nuevas directrices del Partido Comunista fueron aplicadas en Argelia. Abandonados los temas del antimilitarismo y del anticolonialismo a favor de la más urgente lucha antifascista, el movimiento anticolonial musulmán dejó de ser apoyado por el Frente Comunista. A pesar de ello, Camus prosiguió sus relaciones con los musulmanes, «considerados a partir de entonces como fascistas por sus camaradas comunistas (...) Y Camus se sentía muy decepcionado ante el repentino amor de los comunistas por el ejército francés y la defensa de la patria; sobre esos temas daba muestras ante sus amigos más cercanos de una ironía sangrante» (págs. 193 y 195). La negativa de Camus a autotraicionarse y su obstinación en permanecer en la orientación nacionalista-musulmana hizo acusar a Camus de disidencia y terminó con su expulsión en noviembre de 1937. A continuación, Camus abandonó la Casa de la Cultura y organizó un nuevo grupo de teatro, independiente del Partido, el *Théâtre de l'Equipe*.

Para sobrevivir económicamente, Camus tuvo que trabajar de diciembre de 1937 hasta septiembre de 1938 en el Instituto Meteorológico de Argel. De octubre de 1938 hasta marzo de 1940, fue periodista en *Alger Républicain*, y en *Le Soir Républicain*. Seguirá como periodista en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, trabajando en *Paris Soir*, y luego en el periódico clandestino *Combat*, que pasó a ser el diario más importante de posguerra, hasta que lo tuvo que abandonar en 1947. A partir de noviembre de 1943 y hasta su muerte, ocupó un puesto fijo de lector en la Editorial Gallimard.

Camus, pues, siguió trabajando en equipo, tanto en el teatro como en el periodismo, tanto en Argel como luego en París. Su experiencia de teatro aficionado le permitió hacer teatro profesional. Cabe insistir sobre «lo feliz que Camus se sentía siendo director de teatro» (pág. 693), hecho corroborado por la siguiente declaración de Camus: «El teatro me ofrece la comunidad que necesito» (citado por Lottman, pág. 680).

Su amistad para con los musulmanes de Argelia lo hizo intervenir en 1956 en favor de una «tregua civil», intento que fracasó. En febrero de 1957, Camus confiesa: «He tomado la decisión de callarme en lo que respecta a Argelia con el fin de no contribuir a su desgracia ni a las tonterías que se escriben acerca de ella» (citado por Lottman, pág. 643). A partir de entonces, y hasta el final de su vida, siguió interviniendo personalmente en favor de argelinos acusados o condenados, así como se había comprometido con los republicanos españoles en el exilio, con la causa de los comunistas griegos y también contra la ocupación y la represión soviética en Hungría.

En sus compromisos, Camus parece haber sido siempre lúcido; si bien en varias ocasiones experimentó desilusiones, no obstante se mantuvo fiel a sus convicciones humanistas que le seguirán iluminando en sus momentos más sombríos.

La vida privada de Albert Camus, aunque su biógrafo se muestra menos propenso a rastrearla, se presenta al lector tan tumultuosa y extenuante como su vida pública, en perpetuos viajes y repetidísimas mudanzas, parando sólo cuando cae derribado por un ataque de tuberculosis. A decir verdad, Herbert Lottman no parece omitir los mínimos acontecimientos de la vida doméstica de su personaje, y sin embargo no dice casi nada de la vida amorosa de Camus. Puede que el pudor del propio Camus y la discreción del biógrafo sean las causas de tal silencio. Pero se puede lamentar el hecho de que no se sepa casi nada de la vida íntima del escritor al terminar la lectura de un libro por otra parte tan densamente informativo. En efecto, ¿cómo comprender los resortes de la creación literaria y del total comportamiento de un hombre del talante de Albert Camus sin reconocer a la sensualidad su papel exacto?

La palabra sensualidad alude evidentemente a una realidad más extensa que la vida amorosa de una persona y abarca tanto la vida física en su conjunto como la vida afectiva. La palabra sensualidad también sobreentiende que el deseo de vivir supera siempre el de morir. En el primer volumen de su diario, Camus apunta: «Incluso en esta tristeza mía, qué deseo de amar y qué embriaguez ante la sola visión de una colina en el aire de la tarde» (citado por Lottman, pág. 141). La belleza de los paisajes, los juegos de la luz y las fragancias del aire siempre han emocionado hondamente los sentidos de Camus. Pero sus pasiones más vivas son el sol y el mar. «He crecido en el mar y la pobreza me ha resultado fastuosa, más tarde perdí el mar, entonces todos los lujos me parecieron grises, la miseria intolerable. Desde entonces aguardo. Aguardo los barcos de vuelta, la casa junto al agua, el día límpido» (apunte de Camus, citado por Lottman, pág. 575).

El clima del Mediterráneo induce a la sensualidad. Más de la mitad de la vida de Camus transcurrió bajo el sol del Norte de África y, después de unos años de vida parisiense, Camus persiguió el sol en su propia tierra donde quería volver a instalarse, luego en Provenza donde vivió varias convalecencias y donde decidió comprarse una casa. En su obra hizo la apología del carácter mediterráneo, insistiendo en la dimensión «trágica» (hay que comprender «humana» y, por tanto, «emocionante») de la belleza tal y como la cultivaban los griegos de la Antigüedad. Escribió en su diario: «Al atardecer, planea sobre las aguas silenciosas una plenitud angustiada. Se comprende entonces que, si los griegos concibieron la idea de la desesperación y de la tragedia, fuera siempre a través de la belleza y de lo que tiene de oprimente. Es una tragedia que culmina. Mien-